



A JOURNAL OF
CULTURAL AND
LITERARY CRITICISM

EL PADRE Y LA APRENDIZ:
LAS LECCIONES DEL POLICIAL.

Author: Paula Ilabaca

Source: *English Studies in Latin America*, No. 16 (January 2019)

ISSN: 0719-0921

Published by: Facultad de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-Non Commercial-No Derivs 3.0 Unported License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> or send a letter to Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, USA.

Your use of this work indicates your acceptance of these terms.





English Studies in Latin America
ISSN: 0719-0921
Issue 16 (January 2019)

**El padre y la aprendiz:
*las lecciones del policial.***

Paula Ilabaca¹

¹ Paula Ilabaca Núñez (Santiago, 1979), holds a BA in *Literatura Hispanoamericana*. She is a writer and editor, and has received the following awards: *Premio Pablo Neruda 2015*, *Premio Juegos Florales 2014*, and the *Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010*. She has participated in various poetry festivals in Latin America and Europe. Some of her publications include *La perla suelta* (2009) and *La regla de los nueve* (2015). In 2016, she founded the micro publisher “Cástor y Pólux”, which has two editorial areas: Hispanic American Poetry and Illustration. She is devoted to teaching and conducting literary workshops.

Crecí en un hogar muy silencioso. Mi padre trabajaba todo el día. Mi madre tejía, leía o veía televisión en un volumen bajo en sus tiempos libres de las labores del hogar. Yo convivía en ese silencio jugando con mis muñecas y una radio antigua donde escuchaba música. Desde que aprendí a leer, acostumbé a deslizarme entre ese mismo silencio por los muebles de mi casa: el librero bajo la escalera, la biblioteca apoyada en una de las paredes del comedor. Escogía los libros por su portada o la tipografía de los lomos. Como mi padre era policía, había muchos libros de Criminalística en lo alto de la biblioteca, lejos de mí y mis hermanos, a los que llegaba después de haberme subido a una de las sillas del comedor. La casa de mi infancia no era lujosa. Las sillas, de una madera negra, pesadas, hacían un ruido molesto en el piso de fléxit cuando se movían, por lo que eran certeras deladoras si las movía para tomar los libros. Con el tiempo acostumbraría a hacer esta operación cuando mis padres no estaban en casa y ahí podía circular libremente por los libros prohibidos: libros con textos e ilustraciones y fotografías en blanco y negro, donde había mutilados, quemados, ahorcados, bosquejos de lugares del crimen o sitios del suceso – como aprendería a decir más tarde –, definiciones de palabras tabú en mi lenguaje de niña.

Siempre escribí. No recuerdo el mundo sin escritura ni lectura. Todo lo que pasaba por mis manos lo leía con una voracidad absoluta. Dividía el tiempo entre leer, escribir y estudiar para el colegio. Siempre odié el colegio, porque me quitaba horas de escritura, pero se puso interesante cuando comenzamos a leer literatura. En octavo básico tuve que leer *Romeo y Julieta*, y como mi padre tenía un volumen con las tragedias de Shakespeare, aproveché de leerlo completo. *Otelo*, *La tempestad*, *Hamlet*. Los devoré. Amaba el empastado café de un material parecido al cuero con letras doradas. Amaba tener ese libro y llevarlo al colegio. Durante años me pregunté por qué mi padre policía tenía ese libro ahí en la biblioteca. Él estuvo viviendo en Madrid y de agregado en la policía española antes de que yo naciera, en los últimos meses de embarazo de mi madre. Un día me dijo que en ese tiempo había comprado ese libro y *La Divina Comedia* en una feria callejera.

Siguiendo mis tempranas lecturas de los libros de criminalística de mi padre, mis primeros poemas se llenaron de sangre. Esa misma sangre coincidía con la sangre menstrual; años más tarde sería la sangre de los griegos de las tragedias que leía en los cursos de Letras de la Universidad

Católica. Pasaron los años, la palabra se hizo muerte y vida. Comencé a deambular por la ciudad: aprendí a estrechar mi escritura en la calle, en los talleres que se dictaron en Balmaceda 1215 a fines de los años 90. Si tuviera que dar un consejo, diría, nunca se pierdan un taller. Porque en ese lugar es donde uno conoce el diálogo, se nutre de experiencias, discute y defiende, vive entre los otros y por otros. Nunca le pidan menos a un taller. Es la mejor experiencia para un escritor. Y así como hay un tiempo para los talleres, también vendrá un tiempo para dejarlos. Entonces comenzará el espacio íntimo y clave de la escritura: en mi caso fueron mis casas, mis piezas, todos los lugares donde habité.

Al empezar a asistir a talleres, me alejé de mis padres. De mi padre con mayor tozudez, ya que él encarnaba, según mi visión de ese entonces, parte de mi lucha. Sin embargo, cada noche nos juntábamos en un punto intermedio entre Balmaceda 1215 y el Cuartel de la Policía y regresábamos en auto a casa. Ese regreso estaba marcado por los árboles de Vicuña Mackenna hasta nuestra casa en La Florida. Árboles altos, árboles oscuros. Y el silencio rumioso entre ambos. Quizás hablábamos de un par de cosas. Me comentaba sus casos policiales. Eso siempre me interesaba. Una vez lo escuché hablar por celular y le dijo a alguien: “ve cuántos homicidios hubo en Septiembre” y automáticamente lo convertí en un verso de un poema que aparece en mi primer libro, *Completa*. Me gustaban sus historias en las que nunca aparecía como héroe, si no más bien como un sujeto que decía una palabra que hacía a los demás pensar, o alguien que convertía la realidad en otra cosa.

Trabajé para la policía poco más de diez años. Ingresé a los 24 años como profesora de la Escuela de Investigaciones Policiales, luego fui Perito Documentoscópico, luego estuve a cargo de un proyecto cultural. Por ello conocí palmo a palmo la Institución y eso me hizo comprender a mi padre. Bajé la guardia. Empezamos a tener temas en común con mayor frecuencia. Mis amigos poetas me decían, vas a terminar escribiendo novela policial, decían, algo de ahí saldrá, decían. En esos años escribía mi libro *La perla suelta*, dedicada a la poesía como un espacio de total libertad y que me permitía desplegarme íntegramente. La estabilidad laboral me permitió organizar mis tiempos y viajar. Hice un viaje a España a encontrarme con ese padre joven que aún no era padre cuando allí estuvo. Fui a la Plaza del Sol, caminé, miré los lugares que él me dijo que había visitado. Pensé en

él como si fuera yo misma de nuevo allí entre los adoquines. Años de historia, de vida. Mi esposa embarazada lejos. Mi hijo o hija en camino.

Fui mi padre en ese viaje del año 2010. Así fue como sentí que lo había perdonado. De hecho por azar, estuve en fechas parecidas. Pasé mi cumpleaños número 31 en Madrid. Mi padre había regresado un 30 de mayo a Chile. Yo nací días después, el 2 de junio de 1979. Fui mi padre cuando recibí en España el premio a la crítica por mi libro *La perla suelta*. De hecho lo llamé de un locutorio para contarle. Le dije, papá, ¿se acuerda que le prometí que sería la mejor? Este premio es para usted. Los dos lloramos en silencio un rato, y corté el teléfono rápidamente diciendo que me esperaban, que lo quería mucho, que después hablábamos. Ser la mejor. Ir más lejos. Esa vuelta de mano se la di con la poesía, esa otredad que siempre le ha causado desazón. Debo decir que las cosas entre nosotros nunca han sido sentimentales, siempre hemos sido más de intelecto. Somos dos personas claras, directas, casi frías. Hay mucho afecto entre nosotros, pero no hay nada muy amoroso entre ambos.

La escritura me ha dado mucha vida. Me hizo conocer el mundo, me permitió viajar, mostrar mi obra. Nunca tuve miedo. Con miedo nunca hubiera podido escribir lo que escribí. Aunque ahora que han pasado los años, miro hacia atrás y esa ausencia de miedo me parece osada. Me arrojaba a la vida sin pensar en un mañana, y eso permitió que mi escritura estuviera permeada al tiempo y los años que pasan. Actualmente vivo en la narrativa. Hace tres años me sorprendí a mí misma escribiendo una novela que postulé a los Juegos Florales Gabriela Mistral, los que gané el año 2014. Gracias al premio, la publicaron por Emecé. Utilicé el género policial como excusa para hablar de un grupo de amigos que escribe poesía. *La regla de los nueve* me llevó a un lugar de mi propio lenguaje que no conocía. Es ahí donde quiero vivir por un tiempo. Ahora estoy escribiendo su segunda parte. Curiosamente, vuelvo a los viejos libros de Criminalística de mi padre: a buscar algún dato, un concepto, algún marco de la realidad. Evoco también mientras escribo, mis años que trabajé en la policía, de hecho una fotografía que vi en una carpeta en ese tiempo es el inicio de la segunda parte de *La regla de los nueve*. Cuando voy a la casa de mis padres, que ahora viven en un departamento y la biblioteca es otra y los espacios son otros, cada vez que abro los libros de criminalística, sé

exactamente dónde buscar lo que necesito. Quizás esta novela la estoy escribiendo desde hace mucho tiempo.

Si para escribir poesía tuve que matar simbólicamente a mi padre, en la escritura del policial tuve que recobrarlo. La fuga de mi lenguaje poético no me permitía visualizar a mi familia nuclear. Con ellos de frente no hubiese podido llegar a ese rincón oscuro de mí misma. Los bloqueé. Me arrojé al vacío con mi escritura y nada más. Sin embargo, con la narrativa fue distinto. Cuando escribí los capítulos policiales de mi novela *La regla de los nueve*, como mi hermana Daniella trabaja en la policía y conoce a fondo la cultura policial, la llamé para que los leyera. Me preguntó si se los había enviado al papá. Le dije que no, que prefería que los viera después, ya terminados. Insistió en que lo hiciera y no de muy buena gana se los mandé. Temía no pasar esa prueba, que su ojo experto no aprobara lo que había escrito. Temí de mi padre, una vez más. Temí de ponerlo en ese sitio del que yo misma lo había bajado. Mi padre no sabía nada de mi escritura y eso estaba bien así. Además uno de los personajes está inspirado en él, el perito Reyes, que ayuda a la detective Leiva a resolver el caso de Gabriel. Le envié los capítulos por correo electrónico. Lo llamé para contarle. Al anochecer de ese día me llamó de vuelta. Me dijo en tono misterioso que quería conversar conmigo. Fui a su casa; me esperaba con los capítulos impresos y todos rayados. Hubo cosas que consensuamos, otras que no acepté. Me sorprendió y no su agudeza al enfrentarse a lo literario. Me sorprendió su ojo editor muy llano, simple, certero. Le gustó lo que escribí y después leyó toda la novela antes de su lanzamiento.

Hace ya dos años trabajamos juntos en un Taller de escritura policial. Comenzamos con alumnos de enseñanza media, en el programa Penta UC. Recuerdo mi primera clase: hice un esquema en la pizarra que decía: escritor = detective/ narración = sitio del suceso. El detective es un gran observador, dije, al igual que un escritor; de hecho ambos usan una libreta para anotar todo lo que están mirando. Los alumnos tomaban apuntes, mi padre estaba sentado entre los ellos. Tomó nota de lo que decía. Con el tiempo, un día fui a su casa y me llamó a su escritorio. Dijo que estaba *escribiendo algo* y me mostró unos capítulos de una novela. Me comentó que se había animado después de mi clase de escritura policial, que aplicando los pasos que yo mencioné pudo armar una idea que tenía hace mucho tiempo. Conversamos, tomó nota, me contó el caso que quería relatar, tenía bosquejos de los personajes, una idea de línea de tiempo.

Dar taller de policial es enseñar a mirar. Puede ser que la escritura, lo literario pase a segundo plano. Mi padre me enseñó a mirar desde niña, en las micros, a las personas, los lugares. Siempre cuenta en clase la anécdota que en su primer sitio del suceso, olvidó mirar el techo, por eso le repite a nuestros alumnos: suelo, paredes, cielo. Ser detective es un ejercicio de observación, desde el silencio. Por lo general los detectives son silenciosos. Respiran pausado, miran con atención, contienen a su víctima desde la escucha. Mirar, escuchar, preguntar. Saber medir el tiempo, el ángulo preciso entre una escena y otra. Reconstruir, precisar, sintetizar para poder informar. Algo parecido al ejercicio de la escritura. Lo repito y lo seguiré repitiendo. Son dos disciplinas que dialogan y se unen.

Estoy a poco tiempo de cumplir 40 años. 40 años de vida, 40 años de escritura, 40 años de lectura. No tengo un solo recuerdo de mí sin haber escrito o leído. La escritura llegó a mi vida apenas aprendí a escribir. La ficción y la realidad tenían una línea muy leve. En estos años, mi padre ha estado y no, principalmente por su trabajo como policía, donde él también es profesor de Dactiloscopía. Recuerdo que cuando comencé a dar clase me dijo algo muy enigmático: *el alumno debe superar al profesor, sólo así sabrás que enseñaste bien*. Mi padre me enseñó, a través de lo policial, a ser disciplinada y silenciosa. A ser humilde. Sin embargo, con la poesía le grité a los cuatro vientos mis textos. En el policial voy callada, acorde a las texturas de historias que aparecen y yo rescato, contemplativa, en mi cuaderno, por la madrugada, mientras escribo. A veces me cuesta entender cuando jóvenes escritores dicen: *siempre quise escribir, hasta que lo hice*. Yo siempre escribí. Gracias a mi padre, siempre observé. No tenía ningún otro futuro. La escritura, la lectura, me han salvado de mi propia vida muchas veces.